

también muy original *Tratado económico político sobre el gobierno de las Indias*, en que se comienza, acusando un viejo mal de la España del pasado, que «España no está falta de buenas leyes, sino de hombres que las rijan y hagan cumplir...» Como tal padre de la publicidad científica de la obra, y de las obras, de Rodrigo de Vivero, no se piense que me guía una desorbitación de la personalidad de este tan antiguo «español de las Indias».

* * *

Rodrigo de Vivero tenía como segundo apellido el de Aberzuza, lo que nos indica, sin más comentarios, que se trataba de una mezcla, en tierra mejicana, pues allí nació, de estirpes gallegas y vascongadas. Buena semilla imperial, sin duda alguna. Nacido en el último tercio del siglo XVI, Rodrigo es enviado por su padre a la Corte, donde se emplea, primero, de paje de la Reina y luego de aprendiz de militar a las órdenes del duque de Alba y de don Alvaro de Bazán. ¡Buenas aulas y buenos maestros! Con estas lecciones vuelve a Indias el joven criollo y allí se inscribe inmediatamente para las guerras fronterizas, saliendo para el Norte, en la región actual de Nuevo Méjico, donde mantiene a su costa un grupo de soldados, con los que combate y domina a los feroces bandidos indios llamados, por antonomasia, «chichimecas».

Estaba en esta y otras ocupaciones similares cuando recibe, a comienzos del siglo XVII, el encargo de marchar a las islas Filipinas, a Manila, concretamente, para hacerse cargo, interinamente, del puesto —cargado de responsabilidades— de Gobernador de aquella apartada provincia del Imperio. De España sería mandado el Gobernador propietario, y mientras tanto el Virrey de Méjico elegía a ese valeroso —pues su valor se había mostrado en las guerras de frontera— joven para regir una colonia que apenas empezaba y en la

que los problemas era diez veces más complicados que en la Nueva España (Méjico).

Desempeñado su cargo y cumplida su interinidad, Rodrigo ha de volver a la Nueva España, y para ello dispone todo lo necesario para que un barco —el *San Antonio*— y el patache *Santa Ana* lo transportaran, con su equipaje, séquito e impedimento (aparte de los dineros del Rey), hasta Acapulco. Pero ya es sabido que una cosa es proponerse proyectos y otra que éstos se cumplan. Y tal fué el caso. El destino imperial de este, hasta entonces, brillante, pero modesto engranaje de la gran máquina que sujetaba al mundo a una ley y a una voluntad, iba a dar comienzo precisamente en estos momentos, cuando navegaba rumbo a la patria, pensando en los plácemes que su gestión le va a hacer recibir y en el descanso que va a tomarse después de luchar contra inquietos colonos castellanos, contra tagalos, indios, chinos y japoneses.

Los pilotos debían conocer bien su oficio, pero aquella vez se equivocaron y donde, según los mapas, se hallaba la inmensidad del océano Pacífico, se encontraron de pronto con «la cabecera del Japón», como denominaron a las costas de la isla de Yeso. Vivero no puede decirse que sea el Colón del archipiélago japonés, pero sí que las circunstancias de su arribo a las costas del Imperio del Sol Naciente, fueron por demás originales, ya que en medio de una gran tormenta, de noche, sus barcos naufragaron y, como el mismo cuenta en su *Relación del Japón*, «el que más pudo salvar, salvó la camisa».

Muchos hombres perecieron. Muchos también se salvaron, y el amanecer les mostró una costa inhóspita y rocosa, donde muy pronto aparecieron unos pescadores japoneses que los hicieron prisioneros y se apoderaron de los tesoros que el mar, ya calmado,